

¿UNA COMUNIDAD CIVIL ESPAÑOLA DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS?: HISTORIA DE UNA DESERCIÓN INTELECTUAL

Por JORGE CACHINERO SÁNCHEZ
y FERNANDO RODRÍGUEZ LAFUENTE —

Introducción

*Las peculiaridades del surgimiento de los estudios estratégicos
como especialidad dentro de las Ciencias Sociales*

En los años cincuenta, los primeros despliegues de armas nucleares produjeron la aparición de los estudios estratégicos como un campo individualizado dentro de las Ciencias Sociales. Hasta entonces, el pensamiento estratégico anterior a la era nuclear se ocupaba del modo de luchar y ganar las guerras: todos los estrategas clásicos, Sun Tzu, Tucídides, Jomini, Clausewitz, Mahan, Fuller y Liddell Hart, se ocupaban de cómo combatir.

En los últimos 40 años, la bibliografía sobre los estudios estratégicos se ha multiplicado de forma geométrica debido a la naturaleza cambiante y al rápido desarrollo de la tecnología (misiles de crucero), los conflictos (guerra del Golfo) y la política (crisis chino-soviética).

En todo este tiempo, la disciplina de los estudios estratégicos ha estado entremezclada con la de las relaciones internacionales. Pareciera que existe un consenso en la literatura académica sobre el hecho de que los estudios estratégicos, específicamente, se ocupan de la administración de la Fuerza o de la amenaza de su uso para la consecución de objetivos militares. Por tanto, los estudios estratégicos se interesan por el estudio de la amenaza,

utilización y control de la Fuerza militar. Así, el tema central de los estudios estratégicos sería el de los instrumentos de fuerza y su papel en las relaciones entre las diversas naciones; por mucho que de la conexión con las relaciones internacionales —es decir, la ciencia que se ocupa de la estructura política del sistema internacional y de las relaciones entre sus miembros— se derive la polémica, manifiesta en la literatura, sobre si el estudio de la organización política básica del sistema internacional y la organización económica surgido del mismo es competencia o no de los estudios estratégicos.

En cualquier caso, aunque el centro de la atención de los estudios estratégicos es la especulación sobre el uso de la Fuerza frente a amenazas militares, ni aquella ni éstas son, exclusivamente, la única fuente de la seguridad nacional y los únicos peligros que los Estados hacen frente, respectivamente. Consecuentemente, los estudios estratégicos suelen incluir, además, dentro de su ámbito de reflexión factores que son relevantes al carácter y probabilidad del fenómeno bélico: es decir, el control de armamentos, la diplomacia o la gestión de crisis, entre otros.

Sin embargo, hay que evitar, simultáneamente, la tentación de caer en una concepción demasiado globalizadora del campo de atención de los estudios estratégicos, tal y como hacen algunos autores, ya que, al considerar, así, asuntos como la pobreza, el SIDA, el medio ambiente, la contaminación, el abuso de niños o las epidemias, se corre el riesgo de desnaturalizar la verdadera distinción del concepto de los estudios estratégicos —la administración de la Fuerza o de la amenaza de su uso para la consecución de objetivos militares— en perjuicio de su conversión de un *logos* general para el estudio del conflicto social o Sociología.

Dos son los rasgos que han definido la evolución intelectual de los estudios estratégicos en las pasadas cuatro décadas. Lo que, sin duda, han hecho los estudios estratégicos, en primer lugar, ha sido evolucionar desde el estudio de la guerra como instrumento de la política —«el arte del empleo de las batallas como medio para ganar los objetivos de la guerra», como definió Clausewitz— hacia los análisis de la disuasión, la gestión de crisis y la manipulación de los riesgos.

Complementariamente, el pensamiento estratégico ha dejado de ser patrimonio exclusivo de los militares. Los grandes escritores sobre asuntos estratégicos del pasado eran militares o antiguos militares —Liddell Hart, Fuller, etc.; incluso solía ser frecuente el que se desanimara a aquellos civiles con inquietudes intelectuales por el fenómeno de la guerra— y las áreas del conocimiento propias de la reflexión estratégica eran la Historia

militar y la Historia diplomática. La notable incorporación de civiles en la planificación de las campañas militares de la Segunda Guerra Mundial colaboraron a crear el ambiente que, tras el final de la guerra en 1945 y con la aparición del arma nuclear, estimuló el surgimiento de los estudios estratégicos y su liderazgo por parte de especialistas civiles.

Los estudios estratégicos han tenido como pionero en Europa Occidental al profesor británico sir Michael Howard. Él desarrolló esta disciplina hasta convertirla en un campo extraordinariamente fértil de las Ciencias Sociales en el que, posteriormente, han brillado las obras de Robert O'Neill, Lawrence Freedman, Adam Roberts, Barry Buzán, John Lewis Gaddis y tantos otros. Y para ello, Howard ha puesto a su servicio el convencimiento de que el estudio empírico de los problemas concretos, enriquecido por el conocimiento de la Historia y los clásicos de la doctrina estratégica, era el mejor medio de aproximación académico para el estudio de la guerra y la paz en el mundo bipolar surgido del final de la Segunda Guerra Mundial.

Tras él surgió toda una pléyade de especialistas —Borden, Brodie, Kaplan, Kaufmann, Kissinger o Trachtenberg, entre otros muchos— cuyo trabajo se desarrolló bajo la influencia directa de la tecnología nuclear y de las implicaciones que su existencia planteaba: sobre todas ellas, la de saber dar respuesta al dilema de cómo utilizar armas de destrucción masiva como instrumento de la política exterior sin llegar a provocar el nivel de destrucción del que éstas son capaces.

En esa época de los estudios estratégicos —calificada por algunos autores como de «dorada»—, fueron los centros de pensamiento, fundamentalmente, estadounidenses —los llamados *think tanks* o, literalmente, depósitos de ideas— los que tomaron el liderazgo en la producción ensayística y académica sobre estos asuntos. Entre todos ellos, fue pionero la Rand Corporation, con base en un edificio placenteramente asomado a las bellas playas californianas de Santa Mónica, bañadas por el océano Pacífico, que contó desde el comienzo de su trabajo, aunque sin por ello hipotecar la independencia de éste, con el apoyo del Departamento de Defensa norteamericano.

Hoy en día, por mucho que los militares siguen estando presentes en el debate académico sobre el fin y funciones de la Estrategia, han sido los estudiosos civiles los que han invadido el campo del análisis estratégico. Así, los centros académicos o pseudo-académicos han ido desplazando a las academias y escuelas militares del centro del debate y la producción intelectuales sobre la reflexión estratégica.

Así, el pensamiento estratégico contemporáneo ha ido ganando en características abstractas y especulativas. Por supuesto, que el pensamiento estratégico ha sido siempre, por definición, especulativo; sin embargo, el dominio de la confrontación nuclear y su resolución por vía de la disuasión en los últimos 50 años ha añadido mayores grados de abstracción al debate estratégico de nuestros días.

Además, el campo de los estudios estratégicos ha ido ganando en especialización tanto entre sus profesionales como en su producción científica. Así, los analistas de estudios estratégicos han ido optando progresivamente por reducir el foco de la atención de sus preocupaciones intelectuales lo que ha supuesto una disminución del número de estudiosos de la Estrategia en su sentido más amplio y verdadero.

Finalmente, la producción literaria en torno a los estudios estratégicos es, mayoritariamente, de un valor intelectual bastante efímero ya que se ha ido desarrollando por el impulso de necesidades de defensa y militares de muy corto plazo y, por lo tanto, pierde actualidad con bastante rapidez.

La desertión intelectual española sobre los asuntos relacionados con la política de defensa y la Defensa Nacional

La falta de tradición universitaria española para el estudio de la Defensa Nacional es consecuencia del aislamiento, dudosamente espléndido, de la sociedad española respecto de la política internacional. Las relaciones entre Estados-Nación no acostumbran a establecerse únicamente mediante el intercambio de agregados de Defensa en sus embajadas; es bastante frecuente, incluso del presente siglo, que estas relaciones se establezcan bajo la forma de conflicto bélico, ya sea potencial, ya sea real. Las sociedades que vertebran a los Estados-Nación anotan la necesidad de incorporar a civiles, junto a sus militares profesionales, en el estudio de la realidad bélica cuando perciben un determinado riesgo de verse inmersas en una guerra exterior. Se produce, entonces, la dotación de las plazas de investigación y enseñanza civil que, en mejor o en peor coordinación con los estudios militares, formalizan científicamente el análisis y el debate sobre esas cuestiones de tanto alcance político y social.

La inexistencia de cátedras de Historia militar, de estudios estratégicos o de Polemología se debe, fundamentalmente, a esa lógica. En España, no se ha visto ni utilidad ni beneficio a algo que los diseñadores de la estructura de la política educativa del Estado-Nación consideraban bien cubierto por militares profesionales y, a lo sumo, por algunos expertos en Diplomacia,

Derecho y Economía Internacional. A esto, por último pero no por ello menos importante, se han unido los efectos de la fuerte dedicación de los académicos españoles a los estudios «especializados» sobre ámbitos territoriales de carácter local o regional, favorecidos por las prioridades de legitimación intelectual del Estado de las autonomías.

Ello ha hecho perder peso a una formación histórica de carácter universalista tendente a comparar procesos históricos sobre el sujeto de análisis Estado-Nación. Esa pérdida impide lograr una mejora en la comprensión de las organizaciones militares, de la realidad bélica en su conjunto y de la contribución de éstas a la consecución de los objetivos políticos nacionales de los diversos Estados-Nación.

Sir Michael Howard, en su ensayo *Uso y abuso de la Historia militar*, propone tres criterios a los oficiales militares que estudien esa disciplina para orientarse en su profesión si querían «evitar sus trampas». Esas normas, aplicables, sin duda, a los analistas de estudios estratégicos, se resumen en la necesidad de emprender dichos estudios en extensión, profundidad y contexto. Así, faltan en España análisis *in extenso* consolidados sobre la evolución interna de la profesión militar, centrados en la evolución del arte y técnicas militares, y sobre la evolución de los rasgos fundamentales de lo que podría ser considerado su trayectoria estratégica intelectual.

Asimismo, falta profundidad en el análisis de cada suceso histórico-militar en el que se ha visto envuelto nuestro país en los últimos 50 años. Finalmente, en lo que se refiere al contexto, mientras que existe un aceptable conocimiento de la realidad interna española y una razonable definición de nuestros objetivos estratégicos nacionales, falta la realización de estudios comparativos del Ejército español con los ejércitos de nuestro entorno geoestratégico y de mayor número de análisis de aquellas áreas geográficas sobre las cuales España ambiciona proyectar sus intereses nacionales.

Por último, hay que abordar los estudios que permitan poner en relación la demanda militar del Estado español contemporáneo con el desarrollo del aparato productivo de la nación española. No existiendo estudios sobre la asignación y la ejecución del gasto presupuestario militar, no se conocen los retornos que de esos presupuestos se han realizado a la sociedad española. No existe, por ejemplo, un conocimiento exhaustivo de la relación entre las sucesivas fases de adquisición de la tecnología militar y la formación de intereses militares, españoles y extranjeros, derivados del suministro a la Administración militar española.

El desarrollo de una comunidad civil de estudios estratégicos: un análisis comparado

Afirmar que vivimos un tiempo de cambios acelerado y, por lo tanto, incierto se ha convertido en uno de los grandes tópicos de cualquier exposición o discusión sobre el futuro del sistema internacional después del colapso del comunismo en la Europa Central y Oriental. Sin embargo, el hecho de que éste sea un concepto tan usado y abusado no sólo por la comunidad científica, sino por la periodística e, incluso, por el vulgo no deja de invalidar la parte de la realidad actual que correctamente describe.

En el terreno puramente doctrinal, el fin de la guerra fría ha provocado el que Occidente se encuentre, en estos momentos, sin un paradigma o concepto de seguridad claro y estructurado que le asista para afrontar los problemas derivados de esa nueva situación internacional.

Por el contrario, durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial existió un paradigma —la bipolaridad— en la estructura de las relaciones internacionales y un eje central a esa confrontación —la amenaza de estallido de una guerra nuclear— que permitió que la reflexión sobre el papel de Occidente en el mundo fuera sencilla y poco complicada; y que, a la vez, se especializara en torno a los temas de la disuasión nuclear y a las teorías del control de armamentos (contabilidad nuclear, índices de armamento convencional, suministro de equipos y sistemas de armas, cálculos sobre objetivos).

También, la esencia y la práctica de la profesión de los estudios estratégicos han estado pervertidas durante las décadas de la guerra fría. Como el factor fundamental para la estabilidad de las relaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial era la existencia del armamento nuclear, la principal actividad analítica de aquellos ocupados en los estudios estratégicos era el desarrollo de las teorías sobre la disuasión nuclear y el control de armamentos.

Asimismo, los analistas de los estudios estratégicos han sido tradicionalmente criticados por ser incapaces de incorporar toda una serie amplia de factores en su trabajo de tal forma que las realidades inamovibles del sistema internacional —la confrontación Este-Oeste y la supuesta marginalización del llamado Tercer Mundo— los convertía en gestores de la estabilidad estratégica nuclear.

Además, los llamados especialistas por áreas geográficas —con dominio de las variables físicas, políticas, económicas, étnicas, sociales y religiosas de

las zonas respectivas— solían caer en el provincialismo de no poder integrar sus análisis en una visión plenamente estratégica.

En definitiva, después del final de la guerra fría, el paradigma que regía el sistema internacional ha cambiado de naturaleza y, a partir de este momento, parece que el poder político-militar ha dejado de ser el único pilar del poder del Estado.

Como consecuencia de todo ello, la atención sobre los asuntos tradicionales de la preocupación del ámbito de la seguridad nacional ha cambiado radicalmente. Los asuntos meramente militares han perdido su centralidad, por mucho que sigan siendo importantes, ya que parece haber desaparecido la amenaza del holocausto nuclear universal.

Por todo ello, el campo de los estudios estratégicos se ha ampliado, en vez de encogerse, con el final de la guerra fría; sin duda, parecería que lo que vuelven es a tomar sus dimensiones naturales: es decir, el análisis de la calidad de la organización social, del poder económico, de la cohesión política y de la preparación militar. En conclusión, algunos autores —éste es el caso de Kolodziej— sostienen que, en los momentos actuales, se está produciendo un verdadero «renacimiento de los estudios estratégicos», en la acepción más auténtica de su ámbito intelectual.

Así, Kolodziej llega, incluso, a enumerar el nuevo tipo de interrogantes académicos a los que debe intentar responder la disciplina de los estudios estratégicos para poder recuperar su propio ser. Central a ese nuevo reto es la identificación de los determinantes del nuevo sistema internacional y la enumeración de la tipología de los nuevos enfrentamientos y de las vías potenciales para la cooperación intraregional; todo ello, teniendo presente la creciente relación entre los problemas de seguridad nacionales y los internacionales —desaparición de fronteras, refugiados, gestión de recursos naturales, tráfico de armas, drogas—, la aceleración de los problemas nacionalistas y el redibujo de las fronteras políticas internacionales.

Subsidiariamente, en esta nueva era, los estudios estratégicos han de saber distinguir la importancia de las nuevas fuentes de conflicto para precipitar conflictos armados, señalar con claridad los nuevos intereses nacionales de Occidente, imaginar la adaptación de las instituciones actuales y la creación de otras nuevas para hacer frente a los nuevos retos de la situación internacional, saber sopesar el efecto de la proliferación nuclear y de los conflictos regionales en el equilibrio de poderes en la nueva situación o, para terminar, avanzar iniciativas para contribuir a una nueva política de control de armamentos encaminada a garantizar la estabilidad de la situación internacional en el futuro.

Dentro de ese nuevo escenario científico, hay que comenzar a calibrar en sus justos términos la importancia estratégica de la economía. La desaparición del paradigma de seguridad militar y la extensión de los centros de poder económico hacen que en el futuro vayan a cobrar importantes asuntos, que deberán ser integrados en la reflexión general sobre estrategia, tales como el desarrollo del comercio mundial —y, de manera especial, el proceso final de rediseño de sus reglas de funcionamiento básico a través del GATT y de la Ronda de Uruguay—, la regionalización y globalización de la economía mundial —en ámbitos supranacionales como son el Tratado de Libre Comercio en América del Norte, el MERCOSUR en la América Meridional, la CEE, o las múltiples iniciativas en marcha de integración regional económica en Asia—, las políticas de cooperación y asistencia a las zonas más retrasadas del planeta o, por último, el papel de la economía privada en la economía global.

Complementariamente, el ámbito de los estudios estratégicos ha de estimular el crecimiento, en progresión geométrica, de los estudios regionales. El final del paradigma bipolar está descubriendo los conflictos regionales en su verdadera naturaleza, ajenos a la influencia que sobre ellos tenían la confrontación mundial, y en su total complejidad. Por ello, se hace imprescindible una aproximación regionalizada al estudio, desde una perspectiva estratégica, de la evolución del sistema internacional que tome en consideración variables como las del movimiento planetario desde el autoritarismo y el totalitarismo hacia los valores políticos y económicos de la sociedad liberal, el funcionamiento de los organismos regionales y su posible transformación para el nuevo mundo, el entendimiento de las raíces étnicas, históricas, lingüísticas, culturales y sociológicas de la formación de los intereses nacionales y sus políticas exteriores en todo el mundo, el conocimiento al detalle de los problemas que sufren todas las regiones y los países —la existencia de fronteras disputadas, el papel desempeñado por las respectivas instituciones militares o el grado de desarrollo social y económico— o la identificación de los principales países llamados a convertirse en los centros de gravedad estratégica del planeta —Alemania, Japón, Rusia, China u otros—.

Finalmente, ese renacimiento de los estudios estratégicos va a exigir de una reorientación metodológica en todos los centros de estudio en los que se desarrolle esta disciplina.

En primer lugar, se hace imprescindible el refuerzo de la tendencia hacia el trabajo interdisciplinar ya que las líneas entre estudios de seguridad, asuntos económicos, temas regionales y problemas globales irán diluyéndose

rápidamente. Es necesario, por tanto, llegar a tener una comprensión de conjunto de las interconexiones complejas entre unos y otros campos de estudio y análisis.

Especialmente, de entre todas esas otras Ciencias Sociales que se deben incorporar al acervo metodológico de los estudios estratégicos en el futuro, destaca la utilización de la Historia. La revisión historiográfica de importantes hechos históricos de la guerra fría, es decir, de la época «dorada», también, de los estudios estratégicos ha ayudado a incrementar la importancia concedida a la reflexión sobre caos históricos como medio de generación y experimentación de posibles teorías estratégicas y ha provocado, además, un creciente acercamiento y colaboración entre historiadores y politólogos; fuente de recluta natural, éstos últimos, de los principales académicos dedicados a los estudios estratégicos.

El caso pionero y paradigmático de sir Michael Howard ha dejado ya de ser una excepción y muchos otros historiadores, como es el caso del historiador estadounidense Gaddis, se han incorporado a la reflexión estratégica. Parafraseando al propio Howard, podría afirmarse que aquellos que se dedican a los estudios estratégicos sin el suficiente conocimiento de la historia de las áreas y problemas de su interés son comparables a esos estudiantes de Bellas Artes que carecen del sentido de la vista y que, por tanto, son ciegos.

Por otra parte, se debe abrir el debate intelectual en torno a las hipótesis surgidas en el entorno académico de los estudios estratégicos de tal manera que las verdades establecidas sean puestas en cuestión y que nuevas ideas pasen el proceso de la discusión libre y sin prejuicios.

El futuro de los estudios estratégicos como disciplina de las Ciencias Sociales pasa por la aplicación de las normas y objetivos del trabajo académico. Es decir, han de buscar el desarrollo de proposiciones explicativas generales sobre la utilización, en abstracto, de la fuerza en las relaciones internacionales y de descripciones precisas sobre la utilización, en la práctica, de la guerra al servicio de objetivos políticos en los diversos conflictos regionales y nacionales.

Para todo ello, la creación —es decir, la formulación de proposiciones causal y lógicamente relacionadas para explicar fenómenos de interés—, la experimentación —es decir, la verificación de varias teorías enfrentadas mediante su sometimiento a la prueba de la evidencia científicamente demostrable— y la aplicación —es decir, la utilización del conocimiento existente para iluminar los problemas— de teorías se convierten en las

categorías que deben centrar el esfuerzo intelectual de los estudios estratégicos en el futuro.

Por último, esta renovación de los estudios estratégicos ha de realizarse sin perder de vista el compromiso social que esta disciplina académica tiene contraído con la comunidad a la que, en definitiva, está obligada a servir. Esta vocación de servicio debe empujar a la comunidad académica de los estudios estratégicos a ampliar su ámbito de actuación tradicional como centros generadores de nuevas ideas para convertirse, también, en árbitros consensuadores de las diversas opciones políticas; manteniéndose, por supuesto, por encima de la lucha política.

Además, los miembros de la comunidad científica de los estudios estratégicos han de multiplicar su función pedagógica y educadora sobre la sociedad de la que forman parte y, para ello, han de saber explotar las vías para comunicar y hacer públicos los resultados de sus investigaciones y convertirse, así, en partícipes más activos en el debate público sobre los asuntos de su interés. En otras palabras, la Administración Central de Estado —especialmente, el Gobierno de la nación y el Parlamento—, el conjunto de la comunidad universitaria —no sólo los profesores, investigadores y especialistas; si no, sobre todo, los alumnos y estudiantes— y, por último, la opinión pública en general del país han de ser los receptores naturales —los que los comunicólogos llaman «públicos objetivos»— de un trabajo intelectual que está encaminado que todo un país asuma su cuota de responsabilidad en el mantenimiento de la integridad territorial, en el respeto de la soberanía nacional y en la defensa de los principios constitucionales; todo ello, en constante y estrecha sintonía con aquellos que son nuestros aliados, es decir, con los que compartimos un mismo *ethos* de principios basados en el legado de la cultura y civilización judeo-cristianas.

Con todo, la disciplina de los estudios estratégicos ha de saber vencer las tentaciones para no caer ni en el oportunismo político, ni en la irrelevancia académica. Es decir, los estudios estratégicos han de saber seguir beneficiándose de su capacidad para estar en contacto con los problemas del mundo real; de hecho, el gran avance de los últimos 40 años en esta disciplina se ha debido, fundamentalmente, al esfuerzo para intentar resolver eficazmente grandes problemas de la gran política práctica.

Sin embargo, todo ello ha de llevarse a cabo sin que las presiones por lo inmediato y la excesiva obsesión por dar consejos para la toma de decisiones oscurezcan la necesaria calidad académica y el profundo bagaje reflexivo que toda actividad científica ha de incorporar a su producción. Simultáneamente, los estudios estratégicos han de conseguir

mantener la vocación por el rigor académico sin que, por ello, sucumba al narcisismo de la autocontemplación de lo teórico, lo metodológico, en definitiva, lo irrelevante.

El pensamiento estratégico civil español contemporáneo

Presupuestos contextuales

«De repente los *cascos azules* y los vehículos blindados de Naciones Unidas parecen estar en todas partes: en Somalia y Mozambique, en Bosnia y en Líbano, en Camboya. Rara vez está del todo claro lo que hacen, porque parece que mantienen la paz sin luchar, casi como si fueran ángeles de algún benevolente cielo; aunque, entonces, otra firme resolución del Consejo de Seguridad nos hace darnos cuenta de que también en nombre de Naciones Unidas pueden verse amenazadas las vidas.

Aún así, difícilmente pasa un solo día sin que los medios de comunicación nos recuerden la realidad de esa casi olvidada Organización situada junto al East River. ¿Será que el nuevo papel de Naciones Unidas es el “dividendo de paz” que se nos paga a nosotros, los ciudadanos del mundo, tras el final de la guerra fría?»

RALF DAHRENDORF

Sin recordar que España ha estado ausente de los grandes conflictos europeos y mundiales desde las guerras napoleónicas se hace difícil comprender el grave hecho que significa la ausencia de una sociedad civil sensible a los asuntos y aspectos de la Defensa Nacional y, por tanto, de su proyección en las esferas internacionales. Durante este largo y complejo período de nuestra historia política, pareciera como si un cierto pacifismo de perfil nacionalista, basado en una supuesta decisión «libre y soberana del pueblo español», haya presidido nuestra actitud hacia los conflictos sucedidos más allá de nuestras fronteras. Tan curioso, como falso, pacifismo se ha confundido en más de una ocasión con neutralidad. Así, el círculo del secular aislacionismo español se cierra de manera determinante.

Sin embargo, los recientes acontecimientos internacionales —guerra del Golfo, Bosnia, Somalia— han pulverizado, en cierto sentido, la percepción aislacionista de la política española. Lo cierto es que ya a partir de 1982 con el ingreso de España en la OTAN ese aislacionismo queda reducido paulatinamente a determinados sectores sociales que, si bien conservan

una poderosa influencia en ámbitos universitarios, periodísticos y sociales, el ritmo de los acontecimientos fuera de nuestras fronteras les obliga a modificar no sin cierta brusquedad, sus comportamientos y manifestaciones públicas anteriores.

Se ha escrito que el orden internacional surgido tras el derrumbe de la antigua URSS, con el final de la guerra fría se caracteriza por la aparición de amplias y nuevas oportunidades para la paz, junto a la reaparición de «fantasmas» seculares de riesgos e incertidumbres: fundamentalismo religioso; nacionalismos emergentes; ruptura de la bipolaridad Oeste-Este; permanencia de significativos arsenales nucleares y convencionales; conflictos étnicos y religiosos: la antigua Yugoslavia, los territorios de la antigua URSS en Asia Central, el norte de África... a ello hay que sumar los riesgos periféricos —guerra del Golfo—, corrientes migratorias en constante crecimiento, inestabilidad social, reaparición de tendencias xenófobas en las estables sociedades europeas e incremento de las amenazas no militares como el terrorismo internacional y el narcotráfico...

Los hechos que suceden actualmente en Bosnia y en Somalia han sido determinantes en cuanto a un radical cambio de actitud de la opinión pública española respecto a la participación de nuestros efectivos militares en conflictos que suceden más allá de nuestras fronteras. No obstante, sería necesario recordar algunos ejemplos del comportamiento de la opinión pública española y de sus intelectuales ante lo que podría denominarse la política de defensa y los problemas internacionales, con dos casos en más de un sentido paradigmáticos de lo señalado anteriormente y que explican el porqué hoy en la sociedad española los estudios estratégicos apenas ocupan un lugar marginal que se mantiene gracias al esfuerzo individual de investigadores y estudiosos antes que al impulso —lógico en una sociedad de las características de la española de 1993— por parte de instituciones públicas y privadas para consolidar lo que se entiende por estrategia desde el lado civil de la vida española.

Tomaremos estos dos casos por contener ambos la respuesta que da la sociedad civil en un tiempo de aparente normalidad (1987), una vez estabilizada la presencia española en la OTAN y otro de fuerte impacto social (1991) como fue la llamada guerra del Golfo. En ambas situaciones queda perfilado ese débil concepto de estrategia que percibe la sociedad civil, receptora final, no se olvide, de cuantas políticas se hagan en su nombre.

En efecto, en abril de 1987 el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) realizó una amplia encuesta relativa a determinar las actitudes y opiniones

de los españoles ante las relaciones internacionales, entre las preguntas que se formulaban, claro, gran parte de ellas se referían a asuntos geopolíticos y estratégicos. Los resultados no pudieron ser más desalentadores si de homologación a los países de la Comunidad Económica (CE) se trata. Para el 59 por 100 de los encuestados no se contemplaba ninguna amenaza de paz; sin embargo, para un significativo 23 por 100 esa amenaza de paz era más que evidente; del mismo modo que un 18 por 100 no sabía o no contestaba.

Lo que resultaba más chocante en cuanto al desconcierto en el que se sumía la opinión pública de aquellos años, tan próximos por otra parte, era a la hora de señalar los países que «eran» una amenaza para la paz de España. El lector, sin duda, se sorprenderá, un 49 por 100 de los ciudadanos que respondieron a las preguntas del CIS afirmaba que Estados Unidos representaba la más seria amenaza para España; un 33 por 100 lo creía de la antigua URSS y un 34 por 100 restante colocaba el riesgo amenazante en el Reino de Marruecos.

Si esta era la percepción de amenazas a la seguridad nacional que manifestaban los encuestados no es de extrañar el relativo abandono que este tipo de asuntos —los estudios estratégicos— revierten en el conjunto de la sociedad y se expresan en la opinión pública y en los medios de comunicación. Éste será el segundo ejemplo que querría incorporar como mero aspecto referencial de lo que vendrá después, pero, sin duda, significativo del escaso aporte histórico español a los estudios estratégicos desde el lado civil.

Cuando el 28 de febrero de 1991 se dio por finalizada la guerra del Golfo quedaba detrás un más que particular cúmulo de artículos de prensa dedicados a denunciar, reflexionar, describir, condenar y, casi, a filosofar sobre las características y circunstancias del conflicto bélico y su repercusión en todos los ámbitos de la vida diaria. Los artículos fueron firmados por conocidos, e influyentes, intelectuales españoles y publicados en el diario madrileño *El País*. Algunos de ellos aparecieron mucho antes de que surgiera el conflicto (agosto de 1990) y otros se prolongaron algunos meses después de finalizado (mayo de 1991). Las conclusiones que el autor del estudio a que hacemos alusión («Los intelectuales españoles y la guerra del Golfo» de Javier Rodríguez de Fonseca, en *Claves de razón práctica*, número 30, marzo, 1993, pp. 73-80) describe son relevantes para fijar históricamente el estado de los asuntos de orden internacional en el pulso nacional:

«El pacifismo español, representado por los que hemos dado en llamar idealistas, carece para los realistas de entidad política, teniendo como

único fundamento un puñado de principios éticos y como brazo armado un antiamericanismo visceral, un nostálgico aislacionismo y un voluntarismo cargado de indignación. Los idealistas, por su parte, consideran belicistas a todos los que ponen límites a los esfuerzos por la paz» (p. 80).

Si bien puede afirmarse que, en cierto sentido, algunos de los planteamientos teóricos surgidos en la encuesta de 1987 siguen presentes en significativos prescriptores de la opinión pública española, para el autor se abre un período de desorientación en el conjunto de la sociedad:

«Los primeros (idealistas) han perdido la batalla, pero los segundos (realistas) fáciles vencedores al alinearse con los hechos, no han demostrado estar suficientemente armados para los retos que evidentemente tienen que afrontar».

De esta forma, la sociedad civil continúa huérfana de un aparato teórico y documental lo suficientemente abierto y amplio que permita encarar los diversos retos de la situación presente con un mínimo bagaje intelectual homologable al existente en otras sociedades de nuestro entorno político, económico y cultural.

He ahí el carácter deficitario de los estudios estratégicos españoles surgidos desde los diversos ámbitos civiles, sean estos universitarios, diplomáticos, económicos o sociales. Como se ha señalado en más de una ocasión persiste:

«Una débil percepción de amenazas; falta de identificación de potenciales agresores; cierto descontento con el sistema nacional de disuasión y resistencia a verse involucrada en conflictos más allá de sus fronteras».

La focalización de los conflictos internacionales en áreas tradicionalmente ajenas a ellos, como es el caso español, no permite anticipar que la solución tenga unas perspectivas inmediatas. Ni mucho menos. A la hora de redactar estas notas, la sociedad española se enfrenta, por primera vez en los 200 últimos años, con la presencia activa de sus tropas en un grave conflicto internacional de consecuencias imprevisibles que ha transformado cuantos análisis y encuestas anteriores pudieran haberse realizado.

Es, por tanto, el momento histórico para delinear esos organismos de colaboración, mediante la investigación académica y la actualización periodística, que permitan dotar a la comunidad de los instrumentos básicos de asimilación e interpretación de los conflictos en marcha y la predicción de las futuras incertidumbres que, en cumplimiento de los compromisos

internacionales adquiridos, puedan producirse. Ante ello, si por parte de las instituciones militares sí cabe hablar de los medios intelectuales y materiales básicos creados para el análisis de dichas situaciones, desde el ámbito civil apenas es perceptible esa proyección en la sociedad.

Los estudios estratégicos en la Universidad

Como se ha señalado en la segunda parte del presente trabajo en su formulación doctrinal, no es arriesgado afirmar que los estudios estratégicos, como tales estudios, no existen en el conjunto de las Universidades españolas. En ninguno de los planes de estudio actualmente en vigor se contempla un ciclo de estudios dedicado a la obtención de diploma, licenciatura o doctorado de los estudios estratégicos. Ni siquiera se han organizado áreas de conocimiento encaminadas al análisis histórico y contemporáneo en la actual reforma en marcha de dichos planes. Parece como si de nuevo, la sociedad académica española diera la espalda a un ámbito de conocimiento común en la mayor parte de los países que hoy integran la CE.

Los pocos casos que pueden encontrarse dedicados a los estudios estratégicos están formados en torno a otras áreas de conocimiento, tradicionalmente cercanas como pueden ser las relaciones internacionales, Derecho Internacional público y determinados Departamentos de Historia Contemporánea. De nuevo, como es norma secular en la vida universitaria española, debemos acudir al esfuerzo individual para encontrar un espacio de estudio, análisis, interpretación y proyección social en lo que respecta a la materia de la que nos ocupamos.

Esta ausencia institucional de Departamentos específicos orientados a los estudios estratégicos es consecuencia, en primer lugar, de la negativa, por parte de las autoridades correspondientes a su cabal creación y, en segundo lugar, a la escasez de una sociedad científica preocupada e interesada por resolver este aspecto clave de la vida contemporánea. Así, nos encontramos ante la situación de que un licenciado español que desee ampliar estudios en este área deba, irremediablemente, acudir a los centros universitarios existentes en otros países para completar sus estudios.

Ante este ejemplo, nada modélico, de deserción intelectual española de los estudios estratégicos es de subrayar la labor que desarrollan determinados Departamentos que dentro del ámbito universitario se esfuerzan por mantener un *corpus* documental actualizado; organizar seminarios y encuentros internacionales específicos sobre cuestiones de estudios estratégicos y alentar la realización de tesis doctorales sobre diversos

asuntos relacionados con la —hasta ahora y universitariamente hablando— inexistente materia.

Son los casos del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional a Distancia y de Relaciones Internacionales, tanto de las facultades de Ciencias Políticas y Sociología como de Derecho de la Universidad Complutense, ambas Universidades de Madrid. En ellos, se realiza, mediante el impulso sectorial estudios específicos de conflictos internacionales, referidos en la mayor parte de los casos a cuestiones de defensa y seguridad, política armamentista, evaluación de contenido geopolítico y fijación de la posición española respecto a los posibles escenarios de desequilibrios inmediatos.

Todos ellos han subrayado la necesidad de incrementar la presencia de estos estudios en la Universidad, junto a los señalados cabría citar el Instituto de Europa Oriental de la Universidad Complutense y el Instituto Universitario de Sociología de Nuevas Tecnologías de la Universidad Autónoma de Madrid.

Desde un punto de vista de estudios de doctorado, la creación del Centro Español de Relaciones Internacionales (CERI) en 1991, por parte de la Fundación José Ortega y Gasset de Madrid, el Ministerio de Defensa y el Ministerio de Asuntos Exteriores, ha permitido que se impartan por primera vez en España determinadas materias relativas a los estudios estratégicos entendidas como disciplinas académicas, al formar parte de la Fundación José Ortega y Gasset el Instituto Universitario de igual nombre que cuenta con los créditos académicos exigidos por la normativa legal y estar éstos avalados, en el caso del CERI, por la Universidad Complutense.

El CERI imparte, mediante una amplia nómina de investigadores y académicos, varios programas de relaciones internacionales entre los que se encuentran aspectos básicos de la literatura estratégica internacional. para su caso, es pertinente citar su focalización en la cooperación y seguridad en el Mediterráneo —área preferencial de la institución—, política exterior y seguridad en la CE; prospección de estudios relativos a la cooperación económica en el Mediterráneo y emigración magrebí en los países de la CE.

Del mismo modo, el Centro ofrece dos cursos de estudios generalistas como son el Máster en Relaciones Internacionales y el Doctorado en Estudios Contemporáneos de América Latina (*sic*); con un área específica dedicada a los estudios estratégicos desde la que se coordina cuantas publicaciones periódicas, monografías y demás documentación se recibe y se produce en

el Centro. La biblioteca cuenta con más de 35.000 títulos. Si bien es cierto, como conclusión, su función no es sólo la disciplina que aquí nos ocupa.

Los estudios estratégicos en el Cuerpo Diplomático

Ya se apuntó que la mayor parte de la bibliografía española existente en lo relativo a los estudios estratégicos se debe al interés personal de determinados investigadores y analistas internacionales, por cuanto de manera institucional sólo cabe la reiteración de lo señalado en puntos anteriores de esta breve nota de introducción a los estudios estratégicos desde el ámbito civil.

Cabría pensar que desde la carrera diplomática nos encontraríamos con una dilatada tradición de estudio sobre los cambios estratégicos internacionales. Pero, quizá exagerando, a la hora de establecer una somera evaluación de lo realizado específicamente en el área que nos ocupa, sólo queda la obra del diplomático Carlos Fernández-Espeso como divulgador y analista de asuntos varios relativos, siempre, a esta asignatura ciertamente pendiente de la vida intelectual y académica española.

Parece chocante, sin embargo, basta repasar el plan de estudios que deben cumplir los aspirantes a la carrera diplomática para que ese supuesto asombro quede reducido a lo que no es sino pura y dura realidad. En efecto, a lo largo de los cursos correspondientes no se imparte ninguna asignatura dedicada a establecer los condicionamientos históricos, metodológicos, prácticos y contextuales de los estudios estratégicos. Es decir, nuestros diplomáticos se incorporan a su vida profesional sin haber tocado, literalmente, una breve monografía relativa a discernir tan esencial capítulo de las relaciones internacionales contemporáneas.

Existe, eso sí, algún Departamento que, dentro del organigrama del Ministerio de Asuntos Exteriores, se ocupa de actualizar y realizar investigaciones que presentan puntos de contacto con los estudios estratégicos. Es el caso de la Dirección General de Seguridad y Desarme cuya misión específica es vigilar el cumplimiento de los acuerdos y compromisos internacionales en materia de seguridad.

Los estudios estratégicos

en otros cuerpos profesionales públicos y privados

Dentro de la dispersión habitual que venimos apuntando en una materia como los estudios estratégicos y en su proyección en la sociedad, es lógico pensar que será su atomización en diversos ámbitos de la vida civil donde hallemos la mayor parte de pequeños grupos de investigación, de muy

diferentes características, intereses y metodologías. Además de ellos, deben citarse una serie de publicaciones y personalidades que, como ya se ha señalado, ejercen «por libre» lo que institucionalmente hoy, y a pesar de las excepciones ya reseñadas, parece más una quimera intelectual que una realidad tangible.

En primer lugar, cabe destacar la labor realizada, única en su excepcionalidad, del Grupo de Estudios Estratégicos (GEE) de Madrid que cuenta con un especializado equipo de investigadores. Fue uno de los grupos pioneros en el establecimiento de los estudios estratégicos como materia de estudio y análisis.

Desde su creación en 1986 —es significativo para subrayar la deserción que apuntamos, lo tardío de esta fecha en comparación con otras naciones de nuestro entorno— han realizado un trabajo equiparable al resto de los institutos de semejantes características en la CE: PAPERS de investigación, encuentros internacionales, presencia de sus colaboradores en revistas especializadas y de divulgación y, sobre todo, organización de seminarios internacionales, el último, valga como ejemplo, celebrado en Madrid el pasado mes de enero dedicado a «La reconversión a la paz: las Fuerzas Armadas en la posguerra fría». No depende de ningún organismo público, aún cuando parte de sus colaboradores mantienen una estrecha vinculación con el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional a Distancia.

El Centre d'Informació i Documentació Internacionals a Barcelona (CIDOB) es otro de los organismos dedicados a las relaciones internacionales, y uno de los más antiguos pues se creó en 1973, que han incorporado los estudios estratégicos a su labor habitual de trabajo. Su orientación investigadora se dirige hacia los estudios sobre el área del Mediterráneo, Centroamérica y los llamados países del bloque del Este, hoy Europa Central. Cuentan con publicaciones propias como son los *dossiers* CIDOB; Sobre Pau-Paz y Afers Internacionals.

Además, es uno de los centros españoles que mayor número de publicaciones recibe en su biblioteca, más de 600, dedicadas al análisis de las cuestiones referidas. Imparte dos cursos periódicos: Relaciones Internacionales y Paz y Conflictos, dirigidos tanto a licenciados como a otros profesionales interesados por estos asuntos. Su orientación se dirige hacia una posición neutralista haciendo especial hincapié en los organismos internacionales específicamente dedicados al control de la paz en las zonas en conflicto, así como otras organizaciones no gubernamentales de semejante perfil.

El Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE), se fundó en 1988 con la intención, ampliamente alcanzada, de reunir los esfuerzos anteriores de dos instituciones como eran el Instituto de Cuestiones Internacionales (INCI) y el Centro de Estudios de Política Exterior (CEPE). La labor que desarrolla se centra fundamentalmente en realizar estudios sobre la opinión pública española y política exterior. Junto a ello, su principal actividad es la convocatoria de conferencias relativas, siempre, a asuntos de relaciones internacionales focalizados en torno al comercio y las finanzas con el exterior, así como a otros temas de actualidad política.

De los citados cabe destacar su atención al nuevo marco de relaciones entre el Este y el Oeste; al tráfico de drogas y relaciones internacionales; el servicio exterior español; la serie de conferencias dedicadas a evaluar la nueva situación europea bajo el título: «Europa en la encrucijada» y el seminario sobre política exterior española ante las pasadas elecciones generales del 6 de junio. También, posee un catálogo de publicaciones propias; entre otras *Relaciones Este-Oeste* (1989), *América Latina en la encrucijada* (1990) y *La Unidad Europea* (1991) y una biblioteca de más de 2.000 volúmenes y recibe alrededor de una docena de publicaciones periódicas.

En este breve repaso a los organismos que sin dedicarse expresamente a los estudios estratégicos si dedican buena parte de su actividad a tratar de manera tangencial nuestro ámbito intelectual se encuentra el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA). Su creación data del año 1985, en atención preferencial a ofrecer estudios de investigación a la Comisión Europea y al Parlamento Europeo, y su actividad académica está dirigida a las relaciones institucionales entre Europa y Latinoamérica; cooperación económica; cooperación científico-tecnológico; protección del medio ambiente; cooperación interregional sobre el problema de los narcóticos; integración regional; fortalecimiento de las instituciones públicas y desarrollo democrático y derechos humanos, generalmente todo centrado en la zona de Iberoamérica.

Entre sus proyectos de investigación en marcha se halla el estudio comparativo entre instituciones regionales y estatales en Europa y Latinoamérica; análisis de los efectos de la Ronda Uruguay del GATT en Latinoamérica con el objetivo de evaluar los efectos del mercado único europeo en el comercio del subcontinente americano; desarrollo de la cooperación industrial entre empresas europeas y latinoamericanas; proceso de integración en el área de Centroamérica; recursos humanos e infraes-

estructuras de ciencias y tecnologías en Latinoamérica; cooperación energética entre Latinoamérica y Europa y Derechos Humanos en Centroamérica.

Entre sus publicaciones periódicas las dedicadas a los temas tratados en los proyectos de investigación son las más numerosas. Así, cabe destacar entre éstas: *Cronología de las relaciones Europeo-Latinoamericanas*, *Documento base de las relaciones entre la Comunidad Europea y América Latina* y el *Manual IRELA de relaciones Europeo-Latinoamericanas*. Su biblioteca está compuesta por casi un millar de volúmenes y 406 títulos de publicaciones periódicas y archivos de prensa.

La Sociedad de Estudios Internacionales (SEI) es, quizá, la más antigua institución dedicada a la actualización y divulgación de los asuntos exteriores a la opinión pública española. Su actividad se centra, casi fundamentalmente, en la organización de un curso de asuntos internacionales y diversos seminarios y conferencias periódicas. Cabe destacar que en sus diferentes programas anuales siempre aparece como norma inexcusable uno o varios asuntos, cuando no todo un ciclo, dedicado a los estudios estratégicos.

Otro de los organismos mencionables, de forma muy lateral, es el Instituto de Ciencia y Sociedad (INACS). Su año de creación es el de 1985. Su trabajo se inscribe en la órbita del desarrollo de las Ciencias Sociales referidas al ámbito internacional. Mantiene acuerdos de colaboración con la Universidad Complutense de Madrid; Central de Barcelona y el Departamento de Sociología de la Universidad italiana de Bolonia.

Entre sus programas de investigación se encuentra el desarrollo de las políticas de la Administración ante los Derechos Humanos; Defensa y Seguridad; Cultura, Ciencia y Tecnología todas ellas dedicadas especialmente a Latinoamérica, Europa y el área mediterránea.

Otras instituciones son: el Centro de Estudios de Países del Este; Centro para la Paz y el Desarme; Eco-Simposio; Grupo de Análisis Independiente (GAI); Seminario Permanente y Centro de Documentación Euro-Árabe de Granada; entre determinados organismos de la Administración cabe subrayar la labor del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, en su área de prospección estratégica.

Capítulo bien significativo, por su trabajo riguroso que no impide una amplia divulgación lo ocupa la revista *Política Exterior*, única publicación de su género que en los más de siete años que lleva entre el público lector se ha ocupado con detenimiento y amplitud en varios asuntos de defensa y estudios estratégicos.

Bibliografía

- Addison, Paul: «War within wars», *London Review of Books* 5 de noviembre de 1992.
- Aspizua, Jorge; Cachinero, Jorge y Jensen, Geoffrey: «La Historia militar. Una carencia intelectual en España», *Ayer* 10, 1993.
- Bull, Hedley: «Strategic Studies and its Critics», *World Politics*, julio, 1968.
- Buzán, Barry: *Introducción a los estudios estratégicos. Tecnología militar y relaciones internacionales*. Colección Ediciones Ejército. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1991.
- Chipman, John: «The Future of Strategic Studies: Beyond Even Grand Strategy», *Survival*, primavera, 1992.
- Freedman, Lawrence; Hayes, Paul and O'Neill, Robert (Ed.): *War, Strategy, and International Politics: Essays in Honour of Sir Michael Howard*. Oxford University Press. Oxford, 1992.
- «The Good Think-Tank Guide. The joys of detached involvement», *The Economist*. Diciembre 21, 1991-enero 3, 1992.
- Howard, Michael: «Uso y abuso de la historia militar» en *Las causas de la guerra y otros ensayos*. Ediciones Ejército. Madrid, 1987.
- Howard, Michael: «Deterrence, Consensus and Ressurance in the Defense of Europe», *Adelphy Papers*, 184, Londres, 1983.
- IISS: «Defense and Consensus: The Domestic Aspects of Western Security», *Adelphy Papers*, 185, Londres, 1985.
- Kolodziej, Edward A.: «Renaissance in Security Studies? Caveat Lector!», *International Studies Quarterly* 36, 1992.
- Kristol, Irving: «La política exterior en la era de las ideologías», *Política Exterior*, vol. I, número 1, invierno 1987, pp. 161-175.
- Macdonald, Hugh: «Strategic Studies», *Journal of International Studies*, vol. 16, número 2.
- Maclaury, Bruce K.: «Some Thoughts on Turning 75» (primavera 1991).
- Meyer, Stephen M.: «Revolutionary Changes in East-West Relations Should Revitalize the Field of Security Studies», *The Chronicle of Higher Education* (febrero 7, 1990).
- Nye, Jr., Joseph and Lynn-Jones, Sean M.: «International Security Studies. A Report of a Conference on the State of the Field», *International Security*, vol. 12, número 4 (primavera 1988).
- O'Neill, Robert and Schwartz, David N. (Selected and introduced by): *Hedley Bull on Arms Control*. Macmillan Press in association with the International Institute for Strategic Studies (IISS). Londres, 1987.
- Quero Rodiles, Felipe: *Introducción a la teoría de la seguridad nacional*. Colección Ediciones Ejército. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1989.
- Ramos, Ramón: «Actitudes y opiniones de los españoles ante las relaciones internacionales», *Estudios y Encuestas*, 7, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987.
- Robert, Jacques: *El espíritu de la defensa*. Colección Ediciones Ejército. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1992.
- Roberts, Brad and Burnett, Stanton H.; Weidenbaum, Murray: «Think Tanks in a New World», *The Washington Quarterly* (invierno 1993).

- Uxó Palasí, José: «El espacio estratégico español, hoy», *Política Exterior*, vol. I, número 2, primavera 1987, pp. 208-222.
- Smith, James Allen: *The Idea Brokers. Think Tanks and the Rise of the New Policy Elite*. The Free Press. Nueva York, 1991.
- Walt, Stephen M.: «The Renaissance of Security Studies», *International Studies Quarterly* 35 (junio 1991).